



FUNDACIÓN
alternativss

MEMORANDO OPEX Nº 225/2018

ASUNTO: QATAR, ARABIA SAUDÍ Y LA REDEFINICIÓN DEL GOLFO PÉRSICO

AUTORÍA: IGNACIO GUTIÉRREZ DE TERÁN, Profesor de Estudios Árabes e Islámicos de la Universidad Autónoma de Madrid y miembro del Panel de Oriente Medio y Norte de África del OPEX.

FECHA: 18/01/2018

Panel: Magreb-Oriente Medio

Coordinador: Ignacio Álvarez-Ossorio Alvariño

<http://www.fundacionalternativas.org/observatorio-de-politica-exterior-opex/documentos/memorandos>



Director: Vicente Palacio



ISSN: 1989-2845

Maquetación: Vera López López

Memorando Opex N°225/2018: Qatar, Arabia Saudí y la redefinición del Golfo Pérsico

En junio de 2017, Arabia Saudí, Emiratos Árabes Unidos, Bahrein y Egipto anunciaron la suspensión de las relaciones diplomáticas y el bloqueo por tierra, mar y aire del territorio de Qatar. A estos cuatro Estados se unirían dos "entidades" políticas: el gobierno yemení de Abdel Mansur Hadi, desde su exilio en Adén, y el ejecutivo libio de Tobruk, bajo la dirección del general Jalifa Haftar, enfrentado a los otros dos gobiernos que se disputan el control de dichos países. Los motivos, a decir de los ministros de Exteriores de los denunciantes, eran la política exterior de Doha, unilateral y contraria a los intereses del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG) y sus acuerdos internos; el apoyo ininterrumpido a organizaciones yihadistas radicales como al-Qaeda y la Organización del Estado Islámico (*EI* o *Daesh*) pero también a los Hermanos Musulmanes (HHMM), formación política enfrentada a los saudíes desde hace décadas; y la "hostilidad" mostrada por la diplomacia y los medios de comunicación qataríes hacia determinados gobiernos árabes. También se quejaban de la deslealtad de Doha en la guerra liderada por Arabia Saudí y Emiratos Árabes Unidos en Yemen, y sus ambiciosos planes de desarrollo e infraestructuras, no siempre alineados con los intereses saudíes. Por encima de todo ello, aparecía Irán, aliado en la sombra de los emires qataríes, todo ello a pesar de su condición de "principal amenaza estratégica" del mundo árabe.

El anuncio fue sorprendente tanto por la gravedad de las medidas adoptadas, en un escalafón inmediatamente anterior a un aviso de declaración de guerra, como por el momento elegido. Dos semanas antes, el nuevo presidente estadounidense Donald Trump se había reunido en la capital saudí con representantes de unos cincuenta países musulmanes. También se hallaba allí el emir qatarí Tamim ben Hamad al Thani a quien Trump exhortó, al igual que al resto de asistentes, a combatir al "terrorismo islámico" y poner coto a las injerencias de Irán. A pesar del enfado evidente de los saudíes por el apoyo que Doha seguía mostrando a los HHMM, que ya deparó en 2014 un conflicto diplomático que involucró asimismo a imaratíes, bahreiníes y egipcios, o las llamadas al diálogo con Irán, la presencia de Tamim en Riad parecía demostrar que, aun con suspicacias, la relación saudí-qatarí se enmarcaba dentro de la estabilidad. De hecho, a Tamim se le vio cerca del resto de líderes del Golfo y nada permitía intuir en las declaraciones y los comunicados preceptivos la existencia de un contencioso de tal magnitud.

Contexto

Dentro del marco excepcional que constituye ya de por sí la región del Golfo desde el punto de vista económico, político y social, Qatar constituye un ejemplo peculiar. En primer lugar, por las reformas y planes adoptados en los últimos años

para diversificar y tecnologizar su economía, centrada en los hidrocarburos. En este sentido, se acerca a las iniciativas pioneras adoptadas por los Emiratos Árabes Unidos desde finales del siglo XX, pero con mayor audacia y ánimo innovador. En segundo lugar, por su proyección mediática panárabe y lo que los regímenes árabes tradicionales consideran afán propagandístico de su cadena de referencia *al-Jazeera*, en especial tras el inicio de las revoluciones árabes en 2011. En tercer lugar, por su independencia (o "unilateralidad" en palabras de sus detractores) a la hora de adoptar enfoques y actuaciones propias en materia de política exterior, proclives casi siempre a la línea del islam político moderado del presidente turco Tayyip Erdogan, los HHMM en Egipto, Siria y el Magreb o Hamás en Gaza, cuyo último documento de principios y políticas generales, fechado en mayo de 2017, fue presentado precisamente en Doha. Esto último no resultó del agrado de los saudíes, enemigos acérrimos de los HHMM desde la Segunda Guerra del Golfo en 1991. La condición de "verso libre" que se suele atribuir a Qatar se refleja así mismo en los numerosos intentos de mediación internacional liderados por la diplomacia qatarí: el enfrentamiento entre EEUU y los Talibanes en Afganistán, las negociaciones de paz entre Jartum y las milicias rebeldes en el sur de Sudán, hoy independizado, o los intentos de acercamiento entre Hamás y Fatah en Palestina.

Un asunto muy sensible para la imagen exterior de Arabia Saudí, y que pocas veces es tenido en cuenta a la hora de calibrar las razones de la animadversión de los Saúd hacia el emir Hamad y, desde la abdicación de este en 2013, hacia su hijo Tamim, es la enorme proyección internacional alcanzada por Doha gracias a sus inversiones dentro y fuera del emirato y sus megaproyectos deportivos. Destaca, obviamente, la celebración del Campeonato del Mundo de Fútbol para 2022, que convertiría al emirato en el primer país árabe en acoger un evento de tal magnitud, antes que Egipto o el propio reino saudí. A pesar de su insignificancia geográfica y sus apenas dos millones y medio de habitantes, la inmensa mayoría extranjeros, Doha ha acogido numerosos eventos deportivos: el Campeonato del Mundo de Balonmano de 2015, en el que además llegó a la final con una selección plagada de jugadores naturalizados; primera prueba del Campeonato del Mundo de Motociclismo de 2016, la Súper Copa de Italia de fútbol de ese mismo año, el Abierto de Tenis de Qatar en enero de 2018 y muchos más. Todo este despliegue deportivo de máximo nivel se combina con las innumerables conferencias internacionales sobre asuntos políticos, sociales, científicos, culturales o urbanísticos, y ha sido posible gracias a los ingentes recursos de gas y petróleo del emirato. Pero, y ahí es donde se produce una diferencia cualitativa con el otro gran "pionero" regional, Emiratos Árabes Unidos, va unido de una mayor proyección

internacional y prestigio como patrocinador solvente –véase la repercusión del patrocinio de la camiseta del F.C. Barcelona, por ejemplo- y una gestión sostenible de sus proyectos. Siguiendo el ejemplo imaratí, los qataríes han impulsado sus líneas aéreas para convertirlas en el principal comunicador entre Europa y África por un lado y el continente asiático por otro, por medio de ingentes inversiones que las han convertido en una de las tres más prestigiosas del mundo en el último lustro.

Lo anterior da fe de la flexibilidad de las autoridades qataríes, adeptas al rito wahabí, imperante así mismo en Arabia Saudí, y el pragmatismo de una sociedad profundamente conservadora. A pesar de la apariencia de modernidad, tolerancia y pluralismo que parecen percibirse en los barrios empresariales, los grandes hoteles o *al-Jazeera*, el ciudadano qatarí mantiene una mentalidad tradicionalista a ultranza en cuestiones morales y sociales. Qatar no deja de considerarse un sistema islámico donde la *Sharía* es la principal fuente de legislación (art. 1 de la Constitución). Pero esto no ha sido óbice para la adopción de reformas en materia de derechos de la mujer, los trabajadores (fallo favorable de la Organización Internacional del Trabajo sobre las reformas de las condiciones laborales de los extranjeros y la supresión de la *kafala* o sistema de tutela laboral) o las minorías religiosas. Al contrario que en el reino saudí, la oligarquía wahabí no desempeña una labor determinante en el control de las medidas gubernamentales en materia social, lo que ha permitido al emir introducir cambios sensibles. Esto también puede percibirse en los Emiratos Árabes Unidos, en especial en lo concerniente a la liberalización del mercado y las inversiones; pero en estos la regresión en materia de libertad de expresión contrasta con la sutilidad con la que el emir qatarí gestiona el expediente político nacional.

En comparación con los Emiratos, y no digamos con Bahréin y sobre todo Arabia Saudí, países en donde las detenciones u hostigamiento de activistas, blogueros y líderes políticos y tribales están a la orden del día, los casos de represión y prohibición en Qatar han sido escasos. A pesar de ello, Doha constituye un régimen autocrático, sin asomo de verdaderas instituciones y mecanismos democráticos, con un control absoluto de los principales resortes de poder. Paradójicamente, el embargo ha venido acompañado de un refuerzo de la coerción política en los países que lo han promovido y una mayor popularidad del emir qatarí entre sus súbditos. La celebración del Día nacional en diciembre de 2017 deparó una estampa inusual hasta entonces: miles de retratos del emir –que había mantenido un perfil bajo de exaltación pública- por doquier e insignias proclamando la lealtad de la población.

Memorando Opex N°225/2018: Qatar, Arabia Saudí y la redefinición del Golfo Pérsico

Para los Saúd resulta inadmisibles la tendencia qatarí a adoptar estrategias independientes en asuntos tan sensibles como Irán, la intervención en Siria o Iraq o los vínculos con los grupos islamistas internacionales. Riad ha tratado de limitar al máximo la libertad de acción de sus aliados en asuntos que la conciernen directamente, máxime tras la "deriva" de la Administración de Barak Obama con respecto al expediente iraní. Desde el ascenso al poder de Salmán ben Abdel Aziz en 2015, la prioridad de la familia real ha sido neutralizar la amenaza iraní y erradicar sus prolongaciones en Líbano, Siria, Iraq, Bahreín y Yemen. Esto explica la adopción de una política exterior agresiva, desde la intervención armada en Yemen a partir de marzo de 2015 a la cooperación con grupos islamistas salafíes alejados de al-Qaeda y el EI en Siria. En esto, Qatar ha hecho de su capa un sayo, en opinión de los saudíes, lo mismo que en lo referente a la campaña mediática de acoso y derribo a Erdogan –otro líder indeseable para Riad por su apoyo expreso a los HHMM en Egipto-, o al sostenimiento del general al-Sisi, que ha sido muy criticado desde lo que Qatar tacha de "golpe de estado" contra el gobierno de Mohamed Morsi en 2013. El cerco perseguía reducir la expansión regional de Qatar y reconducir sus relaciones con los supuestos aliados árabes.

Motivaciones aparentes y reales del embargo y su justificación

La diplomacia qatarí ha denunciado que el embargo responde a consideraciones domésticas de su principal promotor: Arabia Saudí. Su embajador en España, Mohamed Jaham al-Kawari, ha publicado varias misivas aludiendo a la intención del príncipe Mohamed bin Salman (MbS), el verdadero poder en la sombra del reino, de utilizar una crisis artificiosa con Doha para aminorar los efectos de sus reformas integrales que preconiza. Estas van dirigidas, por un lado, contra un sector de la familia Saúd, los descendientes del antiguo monarca Abdallah y sus hermanos Moqren y Nayef, todos hijos, al igual que Salmán, del fundador de la dinastía: el rey Abdel Aziz. El rey y su hijo MbS habrían adoptado un plan de acción para invertir el orden de sucesión y proclamar heredero a MbS, actual ministro de Defensa, en detrimento de Mohamed ben Nayef, sobrino de Salmán y hasta ese momento encargado del poderoso Ministerio de Interior. La maniobra, contraria a los usos dinásticos saudíes, provocó la oposición de un sector relevante de la copiosa familia real. Las protestas internas empujaron a MbS a ordenar el arresto de varios emires a lo largo del segundo semestre de 2017. El motivo oficial: la lucha contra la corrupción y la recuperación de los fondos presuntamente sustraídos por aquellos emires. De paso, el heredero reunió en sus manos la mayor cuota de poder policial, militar y económica. El conflicto creado con Qatar serviría, según los críticos, de cortina de humo para desviar la atención de la

lucha de poder librada en el reino y, de paso, disimular la falta de logros sustanciales en Yemen. La campaña militar en el devastado país vecino, iniciada en 2015, poco después de la entronización de Salmán, no ha deparado resultados concretos y ha ocasionado una crisis humanitaria que está desgastando la imagen internacional de saudíes e imaratíes.

En cuanto a los argumentos aducidos para justificar las medidas punitivas, un análisis de la actuación del Estado de Qatar en el contexto regional e internacional en los años anteriores a 2017 suscita más interrogantes que certezas:

- a) *La imputación de connivencia con al-Qaeda y Daesh*, la más gruesa, no ha sido documentada por los demandantes. A pesar de las alusiones del presidente estadounidense y los insistentes informes y “pruebas irrefutables” esgrimidos por los medios de comunicación saudíes, imaratíes y egipcios, embarcados a su vez en una guerra propagandística contra *al-Jazeera*, en ningún caso se han presentado pruebas concluyentes. Los promotores del bloqueo aportaron también una lista de organismos, asociaciones e individuos que, desde Qatar, supuestamente financian y aportan apoyo logístico a milicias yihadistas en Libia, Siria, Iraq o Afganistán, pero sin detallar el *modus operandi* de tales entidades. Más aún, en el caso sirio, donde los qataríes han financiado a grupos islamistas opuestos al régimen de Bachar al-Asad, habría que hablar con mayor razón de las injerencias de saudíes e imaratíes, asimismo embarcados en extraños contactos con grupos salafistas. De la falta de consistencia de la acusación de connivencia con al-Qaeda y el Daesh da fe la indiferencia al respecto de la Unión Europea, que ha mantenido sus relaciones de alto nivel con Doha, y, dentro del confuso maremágnum de posturas y declaraciones en que se ha convertido la Casa Blanca con Trump, la dinámica de la diplomacia estadounidense, que tampoco ha adoptado medidas contra sus aliados qataríes.
- b) *La hostilidad de al-Jazeera* hacia los Estados promotores del embargo se hacía evidente, antes del 5 de junio de 2017, solo en el caso de Egipto, donde varios corresponsales de la cadena fueron detenidos y encarcelados tras lo que Qatar considera “golpe de estado” contra el “legítimo” gobierno islamista de Morsi. Para quienes han seguido la cobertura informativa de *al-Jazeera* de las movilizaciones populares, en el contexto de la llamada Primavera Árabe, en Arabia Saudí y sobre todo en Bahreín se hace notoria la ausencia del tono discursivo agresivo empleado en otros sitios como Túnez, Egipto o Siria. Una de las objeciones recurrentes entre los círculos

oposidores en el Golfo, desde Manama a Mascate, ha sido precisamente la inhibición de *al-Jazeera* frente a las demandas democratizadoras registradas en la Península Arábiga. Sobre las agitaciones y enfrentamientos armados en las regiones de mayoría chií en Arabia Saudí la cadena ha solido pasar de puntillas, al igual que sobre los problemas socioeconómicos del reino.

- c) *La falta de implicación en la operación militar en Yemen* contra los huzíes (milicia pro iraní) y las tropas del ex presidente Abdallah Sáleh no se sustenta: la diplomacia y los medios de comunicación qataríes habían apoyado hasta 2017 a la llamada Coalición Árabe (basta con repasar, de nuevo, la cobertura de *al-Jazeera*), cierto que sin un excesivo entusiasmo. Los mandos militares saudíes, encargados de coordinar la campaña, no habían hecho ninguna alusión, entre marzo de 2015 y junio de 2017, a la supuesta deslealtad de Qatar. La función del emirato se limitaba en todo caso a proteger las fronteras saudíes de posibles ataques huzíes; y resulta llamativo que, inmediatamente después de decretado el embargo, un comunicado de la Coalición señalara que Qatar apoyaba no solo a las "milicias golpistas" de huzíes y Sáleh sino también a al-Qaeda y el Daesh. La diplomacia qatarí reconocería después que su participación en la campaña venía dictada por sus compromisos con el CCG y que, en realidad, habría preferido una solución negociada al conflicto. Pero estos argumentos parecen insuficientes para acusar a Doha de colusión con el yihadismo internacional.
- d) *El apoyo qatarí a los Hermanos Musulmanes y dirigentes y organizaciones islamistas non gratas como Erdogan o Hamás* ha sido manifiesto, pero no se ha traducido en un enfrentamiento a las acciones adoptadas por los saudíes. Al contrario que Riad o Abu Dabi, Doha apoyó sin fisuras al presidente turco Erdogan tras el frustrado golpe de estado de verano de 2016 y ha dado apoyo a Hamás en sus disputas con la ANP e Israel; del mismo modo, ha sustentado públicamente al gobierno y parlamento de Trípoli, con presencia de sectores cercanos a los HHMM libios, enfrentado al de Tobruk, sostenido a su vez por Emiratos Árabes Unidos y Egipto. Esta y el resto de razones pueden justificar las alegaciones saudíes sobre la falta de alineamiento total de un aliado sustancial, pero no la contundencia de unas sanciones nunca antes vistas en la región.
- e) *La iranofilia y la infracción del consenso árabe sobre el peligro representado por Teherán* se corresponde con las llamadas de Doha a reforzar la vía de la negociación y respetar los acuerdos sobre el expediente nuclear. Dentro del CGC esta visión es compartida, con mayor énfasis incluso, por Omán,

sultanato al que no se ha impuesto ninguna sanción por sus notorias buenas relaciones con Irán. Kuwait, otro de los miembros relevantes del CGC, tampoco comparte la beligerancia saudí-imaratí-bahreíní que ha llevado a poner la "amenaza del extremismo iraní" por encima de la cuestión árabe por excelencia: Palestina. La diplomacia qatarí ha apuntado con irritación que el inusitado castigo impuesto, entre otras razones por mantener buenas relaciones con Irán, contrasta con la política de contención mantenida por los propios Emiratos Árabes Unidos. Estos, a pesar del litigio sostenido con Teherán por la ocupación de tres islas imaratíes en el Golfo y las acusaciones de injerencia en sus asuntos internos, mantienen vínculos diplomáticos con Irán y rutas comerciales con sus ciudades más importantes.

¿Ha conseguido el bloqueo *domesticar* a Qatar?

Al modo de una profecía con efectos retroactivos, el bloqueo ha conseguido que buena parte de esas imputaciones se hayan convertido en realidad. Los medios de comunicación qataríes emiten a diario informes sobre las purgas dinásticas, la degradación de la situación económica y la represión de las movilizaciones chiíes en las regiones orientales de Arabia Saudí. Especialmente cruentas son las denuncias de las torturas supuestamente cometidas por los servicios de inteligencia de Emiratos Árabes Unidos contra sus rivales en Yemen y el apoyo prestado al general Jalifa Haftar en Libia, junto con las detenciones de activistas pro derechos humanos. El tono se recrudece respecto a las leyes regresivas promulgadas por el presidente al-Sisi en Egipto o los excesos contra la oposición en Bahreín. La tibia reacción de estos gobiernos al anuncio de la Administración Trump en diciembre de 2017 de trasladar la embajada estadounidense a Jerusalén ha suscitado una ola de críticas inusuales contra, sobre todo, Arabia Saudí, cuyo cometido como salvaguarda de los valores islámicos y como custodio de los Santos Lugares se pone abiertamente en duda.

Por otro lado, la necesidad de crear nuevas rutas aéreas y marítimas para esquivar el bloqueo, ha acrecentado la dependencia de Qatar de los suministros de Turquía, a la que se ha invitado a establecer una base militar en territorio qatarí, y ha mejorado las relaciones bilaterales con Irán. Entre Ankara y Teherán, de hecho, han invalidado los efectos comerciales del cerco. Las conexiones con las formaciones islamistas cercanas a Turquía, los HHMM y demás se han fortalecido, debido a la simpatía mostrada por aquellas hacia Doha. Mientras, la unidad de acción dentro del propio CCG ha quedado suspendida por la negativa de Omán y

Kuwait a secundar la posición saudí-emiratí. Por otro lado, el Estado y las grandes empresas qataríes se han embarcado en megaproyectos para desarrollar y aumentar la operatividad de sus principales infraestructuras, puertos, aeropuertos y comunicaciones, con el fin de evitar el desabastecimiento. Esto es, se ha incentivado el desarrollo comercial e industrial del emirato sin obligar a los qataríes a dar su brazo a torcer y aceptar un pliego de durísimas concesiones que van desde la ruptura total de relaciones con Irán al cierre de los destacamentos militares turcos en suelo qatarí, la entrega de individuos acusados de favorecer el terrorismo internacional y la clausura de *al-Jazeera*.

Una dimensión especialmente espinosa de la crisis ha sido la repercusión que ha tenido en Europa y Estados Unidos. La postura de Trump durante las semanas siguientes al anuncio del bloqueo resultó más bien ambigua. Para los responsables qataríes, la iniciativa de saudíes y emaratíes no se habría llevado a la práctica sin obtener la previa luz verde de Washington; y las referencias de Trump a la falta de implicación de Doha en la lucha contra el terrorismo islamista y el respeto a las prioridades estratégicas de Riad parecía ir en esta línea. Trump, en consonancia con las posturas saudíes, afirmarí que "Qatar, lamentablemente, ha sido un patrocinador del terrorismo a un nivel muy elevado. He decidido, junto al secretario de Estado Rex Tillerson, nuestros grandes generales y los militares que ha llegado la hora de hacer un llamamiento para que se ponga fin a esa financiación". No obstante el propio Tillerson y su homónimo de Defensa, James Mattis hubieron de matizar las declaraciones de su presidente, en reuniones privadas con el emir Tamim. El segundo habló incluso de sanciones "duras". En realidad, la diplomacia estadounidense, a pesar de los ya habituales exabruptos vía tweet del presidente, ha ido en la línea de apaciguar los ánimos entre Doha y Riad. El propio presidente Trump, según un comunicado de la Casa Blanca el 15 de enero de 2018, agradeció al emir Tamim sus "esfuerzos a la hora de combatir el terrorismo" y abogó por una pronta resolución del conflicto diplomático. En opinión de estadounidenses y europeos, la tensión en el Golfo resultaba artificiosa e innecesaria en un momento en que se estaba llevando a cabo la ofensiva final contra el Daesh en Siria y los principales expedientes abiertos de Oriente Medio amenazaban con entrar en una nueva escalada.

En cuanto a las repercusiones económicas, fuentes del Banco Central y el ministerio de Economía nacionales, auguran para 2018 un crecimiento superior al 3%, frente al 2,5% en 2017, favorecido por un incremento previsto del precio de los hidrocarburos y el empuje de la construcción. El emirato, además, prevé impulsar un turismo y reforzar sus líneas aéreas. Todo ello a pesar de los daños

sufridos por el comercio y la banca, de la cual se estima que han huido fondos valorados en 30.000 millones de dólares. Las reticencias de los inversores extranjeros también se han hecho notar, pero las enormes reservas monetarias han contribuido a paliar tal retirada. Así las cosas, las autoridades qataríes anunciaban a principios de 2018 que habían neutralizado el negativo impacto inicial del embargo, con un excedente comercial en 2017 de 136.000 millones de riales (unos 35.000 millones de euros).

Perspectivas de la crisis en el Golfo y repercusiones regionales

1) El impacto en la campaña internacional contra el terrorismo

Como se ha avanzado antes, EEUU y los principales países europeos no han secundado las sanciones saudíes contra Qatar por la importancia de las bases militares occidentales enclavadas allí. La crisis diplomática con los vecinos árabes coincidió con la campaña militar contra el último bastión del Daesh, en la ciudad siria de Raqqa. Teniendo en cuenta que la base aérea de al Udeid, perteneciente a la fuerza aérea qatarí pero utilizada con total discrecionalidad por los EEUU, y el campamento de Al Saliye albergan el mayor destacamento estadounidense en la zona, unos 10.000 efectivos, y constituye un centro de operaciones fundamental para cualquier actuación bélica en Siria o Iraq, la cooperación qatarí resultaba indispensable. La diplomacia francesa también lo interpretó así: el presidente Emmanuel Macron recaló en Doha en diciembre de 2017 para visitar al destacamento galo (varios centenares de soldados) y devolver de paso la visita del emir Tamim a París en septiembre. Asimismo, selló la venta de otros doce cazas Rafaele –ya se habían vendido 6 en 2016- y la concesión de la construcción del metro de Doha a dos empresas francesas. La apuesta por la mediación y el no alineamiento con ninguno de los bandos enfrentados resultaba perceptible en la gira del presidente francés, al igual que en las de otros mandatarios occidentales, concienciados de la necesidad de pasar por las tres grandes capitales en conflicto cada vez que recalaban en la región.

2) El desarrollo de los conflictos militares e institucionales en Oriente Medio

Tras la prioridad oficial de derrotar al Daesh, la principal preocupación de los Estados occidentales por una deriva incontrolable de la crisis diplomática en el Golfo se centraba en las contiendas bélicas en Siria y Yemen y la inestabilidad crónica en Iraq. Un agravamiento de la tensión, más aún cuando el emir de Kuwait señaló en

unas confusas declaraciones en septiembre de 2017 que los países partidarios del boicot habían llegado a valorar una intervención militar. Sus palabras provocaron un comunicado de tajante rechazo por parte de los aludidos, y el propio emir kuwaití, embarcado en una labor de mediación permanente entre unos y otros, tampoco supo dar detalles precisos de este supuesto plan, descabellado si tenemos en cuenta la presencia de tropas occidentales y turcas en Qatar; pero el asunto sirvió para que los qataríes hablasen de una maniobra orquestada dirigida a devolver a Qatar a la tutela saudí. Como quiera que fuese, las potencias occidentales, así como Rusia o, en un plano secundario, China, no han visto con buenos ojos el curso de la polémica y han tratado de mantener un *statu quo* de no beligerancia. Al fin y al cabo, la implosión de un conflicto de grandes magnitudes contribuiría a agravar las contiendas en Yemen y en Siria.

3) El expediente iraní

El mantenimiento de la crisis no contribuye a la resolución del diferendo nuclear con Teherán. Trump rechaza la vigencia del acuerdo sobre el programa nuclear iraní, en contra del criterio de los europeos, que no ven motivos para suprimirlo. Arabia Saudí invoca la adopción de medidas más rigurosas, frente a la postura qatarí, afín a la europea. Estas oscilaciones no harán sino acentuar la polarización en la región y provocar que, en caso de una escalada de tensión entre Washington y Teherán, se produzcan alineamientos multilaterales de muy difícil gestión, pues yuxtapuestos al expediente iraní pueden confluír en realineamientos estratégicos dirigidos a saldar cuentas pendientes.

Propuestas para la diplomacia europea

El conflicto, en definitiva, amenaza en derivar en una de las crisis "flotantes" de Oriente Medio, con todas sus implicaciones negativas. Así las cosas, la posición de la Unión Europea debería pasar de las visitas de cortesía y promesas de mediación a una implicación efectiva en la búsqueda de una solución aceptable. Los responsables europeos han expresado de forma notoria, incluida la diplomacia española, su deseo de una pronta reconciliación, debido a los ventajosos intercambios comerciales y la cooperación militar que mantienen con la región del Golfo, y, en privado, no ocultan su malestar por la persistencia de una complicación innecesaria e improductiva para la estabilidad internacional. Episodios como el de los aviones fletados por Alemania con vacas lecheras, a través de Hungría, para garantizar el abastecimiento de leche fresca a la población de Doha –antes entraba vía terrestre desde Arabia Saudí- ilustran lo absurdo de la situación. Tampoco las

declaraciones de diferentes responsables europeos y estadounidenses, que alabaron la reacción contenida de Qatar pero sin abordar un plan de acción concreto, por miedo a incomodar a alguna de las partes.

Irritados por la asistencia comercial de Turquía e Irán, a la que la insensatez de la política exterior saudí, y árabe en general, ha dado una nueva oportunidad de ampliar su espacio vital, Arabia Saudí y Emiratos han redoblado sus presiones sobre países africanos y asiáticos del área periférica, hasta conseguir la incorporación de Eritrea al cerco y la adopción de sanciones por parte de Jordania, Yibuti, Chad y Níger. Para muchos Estados musulmanes, pobres y azotados por problemas de todo tipo, las demandas saudíes y emiratíes pueden terminar convirtiéndose en represalias. El caso de Somalia debería llamar la atención de Bruselas sobre las ramificaciones continentales del conflicto: Riad presiona a Mogadiscio, que al permitir el acceso de las rutas aéreas de y hacia Qatar, junto con Omán, ha roto el bloqueo en su proyección africana. El enfado saudí, paralizando las ayudas económicas o debilitando diplomáticamente al gobierno somalí, puede afectar de la lucha contra los radicales de al-Shabaab y provocar otro resurgimiento yihadista en la zona. Por lo pronto, Emiratos está reforzando sus vínculos con Somalilandia y Puntlandia, territorios que Mogadiscio sigue reclamando como suyos.

La Administración Trump no parece molesta con este guion de *impasse* permanente que erosiona a todos los países implicados pero no les daña de forma significativa; sin embargo, Europa no puede permitir que la "normalización" de la crisis dé lugar a conflictos de insospechadas consecuencias en Oriente Medio, el Cuerno de África o el Sahel.

Memorandos Opex de reciente publicación

- 224/2018: **La Reforma Fiscal de Trump y su impacto en EEUU y en Europa.** Alexandre Muns Rubiol
- 223/2017: **Trump y la capitalidad de Jerusalén.** Itxaso Domínguez de Olazábal
- 222/2017: **La crisis de gobierno en Arabia Saudí y sus derivaciones regionales.** Itxaso Domínguez de Olazábal
- 221/2017: **El triunfo de Macri en las legislativas de 2017 y sus posibles consecuencias para Argentina. Una visión desde la Unión Cívica Radical (UCR).** Mario Scholz
- 220/2017: **Avances en tecnología de transporte eléctrico. Estado del arte y camino por delante.** Emilio de las Heras
- 219/2017: **El colapso del Daesh: ¿un punto de inflexión del yihadismo internacional?.** Ignacio Gutiérrez de Terán
- 218/2017: **El papel del autoconsumo en la transición energética en España y lecciones aprendidas de otros países.** Laura Martín
- 217/2017: **Transición energética en España: ¿Qué podemos aprender de las experiencias de otros países?.** Emilio de las Heras
- 216/2017: **El Factor Trump en Asia y el Indo-Pacífico.** Juan Manuel López-Nadal
- 215/2017: **Una nueva política fiscal y presupuestaria para la recuperación económica.** Manuel De la Rocha Vázquez y Víctor Echevarría Ycaza
- 214/2016: **Cambio climático, Agua y Agricultura sostenible.** Ivanka Puigdueta Bartolomé, Alberto Sanz Cobeña y Ana Iglesias Picazo
- 213/2016: **La regulación del mercado de cannabis en Uruguay. Proyección de resultados.** Diego Sanjurjo
- 212/2016: **La paz en Colombia: las lecciones del pasado y los desafíos del futuro.** Erika Rodríguez Pinzón y Jerónimo Ríos Sierra
- 211/2016: **Panorama económico de América Latina: nuevos y viejos desafíos.** Julimar da Silva Bichara
- 210/2016: **La última apuesta de la transición Libia: rehabilitación institucional o descomposición estatal.** Ignacio Gutiérrez de Terán Gómez-Benita
- 209/2016: **La política de desarrollo sostenible de España en la próxima legislatura: la agenda 2030.** Katty Cascante
- 208/2016: **La innovación en España: capacidades y financiación.** Isabel Álvarez
- 207/2016: **Venezuela: ¿y ahora qué?** Manuel Hidalgo
- 206/2016: **¿Quién tiene la culpa del déficit?** Santiago Díaz de Sarralde
- 205/2016: **Irán tras las elecciones legislativas y de asamblea de expertos 2016.** Luciano Zaccara

Para consultar toda la serie de Memorandos Opex en versión online y visitar nuestra página web:

<http://www.fundacionalternativas.org/observatorio-de-politica-externa-opex/documentos/memorandos>